

los relatos de calibre   38



# FOTOS

© Susana Martín Ezkerra

Jon arrimó el coche hasta la acera, sobre la línea amarilla. No serían más que unos segundos los que tardaría Mertxe en bajar. Se despidieron con un escueto “¡Hasta luego!” porque ya habían acordado encontrarse en la cafetería del hospital dos horas y media más tarde.

Idoia, la hermana de Mertxe, llevaba tiempo ingresada. Un cangrejo se la comía y no había nada que hacer. Llevaba tiempo sedada y Jon no quería verla de nuevo. Prefería mantener en la memoria la imagen alegre que había conocido, no la de los últimos momentos. Así lo habían acordado los dos; por eso no entraría nunca en el hospital. No lo soportaba.

Hoy, en un raro ataque de melancolía, se había traído la cámara para sacar fotos a su antiguo barrio. Aunque nacido en Bilbao, sus padres habían vivido en Llano, muy cerca del hospital y él se había criado allí. Era la única persona que conocía que había realizado el trayecto inverso: los demás nacían en Barakaldo y vivían en Bilbao.

Aparcó el coche después de andar dando vueltas un rato. No iba a usar el aparcamiento de pago y, por eso, encontrar un sitio le llevó su tiempo. No importaba. Lo tenía de sobra. El barrio era pequeño y se recorría en un santiamén.

El cielo estaba despejado y el sol amenazaba con fuerza. Había luz de sobra para las fotos, quizá demasiada.

\*\*\*

Un polvoriento rayo de sol despertó a Séneca Pérez Tellitu, Seni para los amigos. Los canutos y las birras de la noche anterior lo habían derrotado. Además, la caminata de la pasada tarde hasta el Lidl de Sestao también había pasado factura. Pero había sido fructífera, dos paquetes de yogures caducados y media bolsa de mandarinas, arrebatadas de un breve tirón a un pringao de Santurtzi, todavía más hecho polvo que el propio Seni. Una breve cena de fruta y yogur en el chabolo y visita a Iván, el de Cruces, a pillar algo, beber cerveza y volver al keli a sobar.

Se estiró como un perro y se fue a mear al baño. Necesitaba una buena fregada, como el resto de la casa, pero era demasiado grande para él. Ya se haría cargo su hermana si apareciera algún día, pero eso no iba a suceder mañana.

Se quitó las legañas y fue al frigorífico a zamparse un par de yogures más. Se limpió el morro con un trapo de cocina, se alisó el pelo con la mano y, preparado ya, se fue para la calle. A pillar.

\*\*\*

Bajó directamente hasta la casa. Allí había vivido diecisiete años. Sacó un par de fotos al portal. Se agachó y apretó un par de veces más el disparador. Vio las ventanas de la escalera del edificio. Tres pisos sin ascensor.

Hizo un contrapicado abarcando las tres ventanas. No quedaban mal de color marrón. Antes eran verdes, pero era una época gris. Y el color verde alegraba la vista.

Siguió con las fotos en la plaza de al lado. Allí, antes, estaba el economato. Ahora, la lonja se había transformado en una vivienda. Recordó las plumillas que compraba para ir a clase y cómo se pringaba las manos de tinta. Sonrió.

Miró hacia arriba, al tercer piso. Al balcón de su antigua vivienda. ¿Quién viviría ahora allí? ¿Habrían cambiado la distribución de las habitaciones? ¿Y los colores? Aparcó la nostalgia. Había ido a sacar fotos.

Lo que antes fue un pequeño barranco, ahora era un parque. Mucho césped para que corrieran los perros. Algún arbusto decorativo y varios árboles marcaban el suave descenso hacia Lutzana.

Todavía estaba, bajo el asfaltado de la plazoleta, el cobertizo-cueva del padre de Mari Mar. Allí criaba conejos. A Jon le gustaba verlos. Animales hermosos y graciosos, pero olían muy mal. Y aquel olor todavía perduraba en su nariz.

Mari Mar fue su primera amiga. Con dos o tres años corrían por el barranco-vertedero. Eran fuertes. Infancia.

\*\*\*

Salió del portal. La luz le cegó. Esperó a que sus ojos se acostumbraran al sol amenazante. Parpadeó un par de veces y miró a dere-

cha e izquierda. Justo en diagonal había un tipo desconocido, agachado, sacando fotos. ¡Y qué cámara tan chula! ¿Cuánto valdría? Se paró a contemplarlo. Ahora se ponía de pie. Miraba hacia arriba y apretaba la tecla. Ahora de costado. Se volvía a agachar. Ahora hacia abajo, hacia la entrada del edificio, ocho o diez escaleras por debajo de la acera. ¡Qué tío tan raro! ¿Qué estaba haciendo?

Vio que se dirigía a la plazoleta. Lo siguió, guardando distancia. Foto arriba, foto abajo. Y a contemplar el parque.

\*\*\*

Giró hacia la derecha, dando la vuelta a la vieja casa. Era la fachada de las cocinas. Y en suave pendiente, un nuevo camino asfaltado ascendía hasta el colegio. Recordó el antiguo sendero de barro por donde, abrazado a los amigos, desafinaba “submarino amarillo, amarillo es, amarillo es”. Una de las contadas ocasiones en que se dignó a cantar en público.

Los antiguos colegas. Viriato, Kelito, Santi, Montxu, Seni y Jon. Juntos acojonaban. Solo mantuvo relación intermitente con Viriato. ¿Qué habrá sido de los demás? ¿Y de Mari Mar? Chupas, vaqueros y pelo largo.

Al morir los padres, rompió con todo.

Puto accidente. Lo dejó en bragas. Y las penas, siempre en silencio y soledad. Se marchó.

\*\*\*

¡Joder con el tío! Ha venido de paseo. Seni continuaba siguiendo al fotógrafo. Buscó en el bolsillo de la cazadora su pincho. Siempre servía para salir de un apuro. Y de herramienta de trabajo. En cuanto guarde la cámara en la mochila, arramplo con todo.

\*\*\*

La pasta que le dejaron los viejos y el seguro de vida de ambos permitió una nueva vida en la capital. Pilló un piso en Santutxu, cerca de donde andaba Viriato, y borrón y cuenta nueva.

En el Centro de Distrito se apuntó a un taller de fotografía. Se enganó. Necesitaba ocupar la mente. Pruebas y pruebas. Un par de reportajes para la guía del ocio y el periódico del barrio.

Ya no asaltaba a nadie. Estaba solo. Nuevos conocidos. Nueva cuadrilla. Y chicas guapas. Idoia y Mertxe se aficionaron a acompañarle en expediciones fotográficas. Admiraban a un tío independiente a esa edad y con dinero.

Y se hicieron inseparables.

\*\*\*

¡Qué pesado! Ahora el colegio. Un viejo edificio abandonado. Lo tapiaron cuando él y Kelito se pasaron con el pico. Y Kelito se quedó allí, tumbado en el baño de las chicas. Él pudo llegar a casa y salir vivo de milagro.

El extraño estaba fotografiando los restos de las letras que marcaban en la fachada la segregación de sexos de la época. Curas. Monjas. Niños. Niñas. Y se alejaba un par de pasos para encuadrar la imagen. Se movía de lado. Se agachaba. ¡Puaj, qué pollo! Le voy a dar el palo cuanto antes.

\*\*\*

Había estudiado en aquel colegio extraño. Sonrisas de párvulos burlones al verle de pie, castigado. Pensaba que José Antonio era uno y Primo de Rivera, otro.

Todos los días, botellín de leche. En invierno la calentaban junto a la estufa de carbón. Y había gente que llevaba una cucharilla y su bote de Cola Cao.

Se hacía tarde. Se quitó la mochila de la espalda, desconectó la cámara y la guardó.

\*\*\*

—¡Aaahora! ¡Mmmía!

Y se lanzó. Pincho en la garganta y tartamudeo.

—¡Dadadame esa momochila!

Jon se volvió con prudencia. La mano izquierda sobre la muñeca del pincho.

—Tranki, tío. ¿Quieres la mochila?

—Claclaro, tronco. Y la cacartera, también.

Jon contempló aquellos ojos oscuros, hundidos en una calavera reseca. Los había visto multitud de veces. Dejó la mochila en el suelo, separando de sí la mano armada.

—Espera un poco.

\*\*\*

Todo sucedió al ralentí. Jon metió la mano derecha en el bolsillo derecho del pantalón. Distinguió al tacto la mariposa. Mientras seguía sujetando con la mano izquierda la muñeca del asaltante, el brazo derecho describió un amplio arco, revoloteando brillante su extremo y destrozando la aleta nasal izquierda.

Sangre, pincho y cuerpo se desparramaron por el suelo. Una patada en los huevos terminó con la consciencia de un Jake Gittes de pacotilla, borracho y colgado. Jon limpió la navaja, recogió la mochila y se marchó.

*Susana Martín Ezkerra nació en Bilbao en 1964. Está licenciada en Filosofía y Letras y Filología Vasca por la Universidad de Deusto, y trabaja dando clases de Literatura. Ha escrito multitud de relatos, pero sólo ha publicado alguno en periódicos locales. La fuente bilbaina es su primera novela y ha sido editada en julio de 2009 por Elipsis.*